

Miguel de Cervantes, «monumento nacional»



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid

CONJUNTO DEL MONUMENTO

En paralelo a los momentos en que en la Europa dieciochesca comienzan los procesos de nacionalización de la cultura, los países con más personalidad histórica elegían a sus representantes culturales, también conocidos como «poetas nacionales». Acabaron siendo Shakespeare en Gran Bretaña, Petrarca en Italia, Molière y Racine en Francia, Camoens en Portugal. En España Lope de Vega, Calderón de la Barca y Cervantes eran los candidatos. Finalmente, se erigió Miguel de Cervantes como mascarón de proa de nuestra cultura.

El inicio del proceso puede situarse en Inglaterra, cuando en 1738 se hizo una de las primeras ediciones institucionales del *Quijote*, acompañada de una biografía por Gregorio Mayans y de un retrato, falso como todos los que se conocen del autor. Más tarde el marqués de la Ensenada quiso responder a la iniciativa de apropiación inglesa con otra prestigiosa edición, que no fue posible hasta 1780, cuando la Real Academia Española hizo la suya, con un texto depurado, estampas de los mejores artistas del momento, ensayo introductorio y retrato, también falso.

Por otra parte, como apenas se tenían noticias de su vida, desde mediados de siglo se trabajaba para saber más, y así se localizó su partida de bautismo y se fijó su lugar de nacimiento. El proceso continuó en el XIX con los ritos característicos de la nueva figura conocida como «gran hombre»: creación de un día de celebración, organización de fastos conmemorativos por parte de la Real Academia; formación de comisiones conmemorativas con los aniversarios de nacimiento y muerte de Cervantes y de la edición del *Quijote* —lo que continúa en el XX—, erección de una estatua frente al Congreso de los Diputados en 1835; y, como lugar de memoria, se intenta conservar la casa en la que vivió —proyecto en el que fracasó Mesonero Romanos, que fue su promotor—. Al mismo tiempo, se dio su nombre a una calle en el barrio en que vivió, y más adelante, en 1905, se planteó levantar el monumento de la plaza de España de Madrid. La ola de iniciativas conllevó que muchas ciudades llamaran a alguno de sus teatros Cervantes, elevaran monumentos, a que se hicieran grandes ediciones de sus obras y a que se divulgara el «mundo Cervantes» mediante formatos tan diversos como cajas de cerillas, cromos, estampas, tapices, cuadros, adaptaciones para niños, películas como la de 1947 dirigida por Rafael Gil y otras posteriores.

Cervantes era un «monumento nacional» porque encarnaba lo que se quería ofrecer como español, pero lo era también porque fuera de la Península así se entendió, con un momento excepcional en la romántica interpretación alemana del *Quijote*.

Joaquín Álvarez Barrientos

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (CSIC)